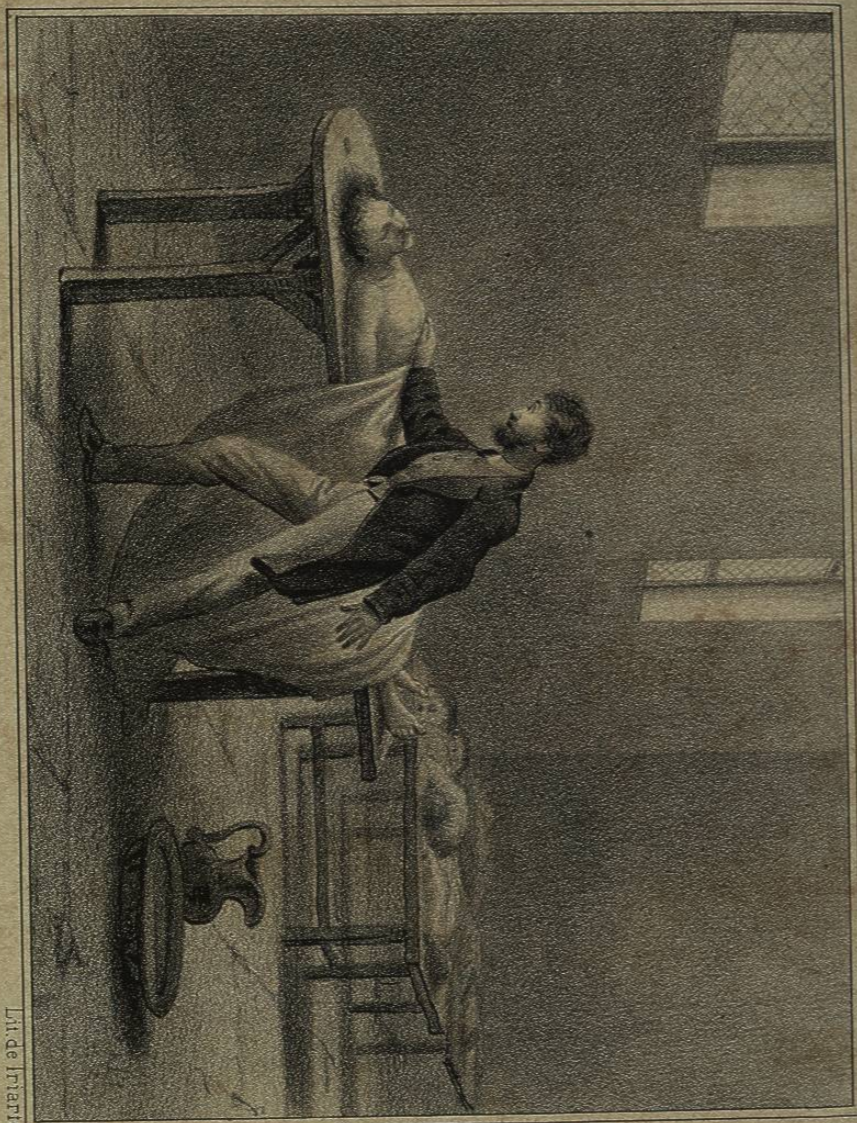


¡Todavía respira!



Lit. de Ibarra

MAURICIO EL AJUSTICIADO.

LXXXVI.

Conclusion.

Nuestro antiguo y querido amigo Ramon, completamente ignorante de lo que pasaba, se hallaba en la cama meditando algunas bromas contra sus enemigos los jesuitas cuando oyó llamar á su puerta.

—¡Adentro!—gritó distraido.

La persona que llamaba empujó la puerta que permaneció cerrada y volvió á llamar.

—Adentro he dicho ¡con mil diablos!—exclamó Ramon.

—Si está cerrado, sapristí!—contestó una voz desconocida para nuestro amigo.

—Entónces no es aquí, chico, á la otra puerta—dijo en el mismo tono Ramon.

—No vive aquí D. Ramon Fernandez?

—Ese soy yo.

—Traigo una carta para él.

—Venga, pues,—dijo al fin Ramon abandonando con sentimiento su cama y dirigiéndose á la puerta.

Al abrir retrocedió sorprendido.

El que llamaba era un sub-oficial frances.

—¿Es para vd. esta carta?—preguntó.

—Sí señor;—contestó Ramon mirando el sobre con inquietud—es de mi amigo Mauricio, ¿le pasa algo? ¿está preso?—añadió con ansiedad.

El sub-oficial no contestó y miró á Ramon con tristeza.

El amigo de Mauricio rompió el sobre, leyó el contenido del billete que conocen ya nuestros lectores, dió un grito y cayó de espaldas en el pavimento.

El buen sub-oficial le condujo de nuevo á su cama y á fuerza de cuidados le hizo volver en sí.

—No es un sueño?—preguntó Ramon.

—Murió como un valiente—dijo el sub-oficial—bien sabia yo que él no podia ser el asesino.

—Gracias—murmuró Ramon.

—Puedo serle á vd. útil en algo?

—Tal vez sí; déjeme vd. su nombre y sus señas.

—Ernesto Maumejean, cárcel de la Callejuela.

—Gracias.

—Hasta la vista.

—Adios.

Ramon tenia prisa por quedarse solo; sentia un nudo en la garganta y necesidad de llorar. El Tenorio de la Academia era un corazon de oro; como la mayor parte de las personas de carácter bromista, bajo un exterior insustancial y chusco ocultaba una alma de esas pocas que para honor de la humanidad existen en el mundo, capaces de comprender los grandes sentimientos.

Apénas se habia retirado el sub-oficial, cuya oferta de servicios habia aceptado mas bien por cortesía que porque se sintiese dispuesto á hacer uso de ellos, cerró de nuevo su

puerta, se arrojó en la cama y dió libre curso á sus lágrimas.

A poco se levantó erguido y terrible.

—Las mujeres lloran—dijo—los hombres se vengan.

El aspecto de su fisonomía habia cambiado por completo; sus ojos se hallaban secos y la tristeza habia dejado lugar á la serenidad; si alguno se hubiera encontrado solo con él en aquel momento habria tenido miedo.

Se vistió y tomó su sombrero; abrió el cajon de una mesa y sacó un pequeño puñal de forma antigua que conservaba como curiosidad de arte; le despojó de la vaina, probó su filo, y volviéndole á arrojar al lugar de donde le habia tomado murmuró:

—No lo merece; le mataré á patadas como á un perro.

Y salió de su habitacion.

Atravesó rápidamente algunas calles y llegó á la casa de Manuel.

Todo era allí confusion y desórden; los criados iban y venian y nadie detuvo á Ramon que subió sin obstáculo la escalera y atravesando el corredor entró á la sala.

Allí le esperaba un horrible espectáculo.

Manuel, bañado en su sangre, yacia tendido cuan largo era y los piés del sofá; tenia un puñal triangular clavado en el pecho.

Mas léjos, Ludovico aparecia colgado del cuello en la cornisa de una colgadura con los cordones que detenian las cortinas.

El antiguo sacristan de la Misericordia habia cumplido su última promesa.

Habia vengado á Mario.

FIN.